



Francisco Javier Martín Rojo

# La soberanía pulverizada

PRÓLOGO DE FERNANDO REY MARTÍNEZ



**DEXTRA**  
EDITORIAL



# ÍNDICE

- 13 — PRESENTACIÓN  
Por ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO
- 19 — PRÓLOGO  
¿Pero hubo alguna vez soberanía que  
pulverizar?.  
Por FERNANDO REY MARTÍNEZ
- 31 — I. La soberanía pulverizada  
31 — UN PRIMER ACERCAMIENTO
- 41 — II. ¿Qué fue de la soberanía?  
45 — EL PRIMER PASO: *LO STATO*  
48 — EL PODER OMNÍMODO AL DESNUDO  
50 — ¿QUÉ NOS DICEN LOS CLÁSICOS?  
58 — EL NACIMIENTO DE LA NACIÓN  
60 — UN DIÁLOGO DE SORDOS  
68 — EL PODER SOBERANO HOY
- 75 — III. Y hoy, ¿dónde reside el poder?  
75 — DE AQUELLOS POLVOS, ESTOS LODOS  
76 — 11-S DE 2001: EL RETORNO DEL LEVIATÁN  
77 — ÉPOCA DE REFERÉNDUMS

|       |                                                             |
|-------|-------------------------------------------------------------|
| 82 —  | ALGUNOS HOMBRES FUERTES: D. TRUMP,<br>R. ERDOGAN Y V. ORBÁN |
| 86 —  | DUELO DE TITANES: KARLSRUHE VS<br>LUXEMBURGO                |
| 88 —  | GIRO INESPERADO DE GUIÓN EN 2020:<br>COVID-19               |
| 91 —  | JUEGO DE TRONOS                                             |
| 93 —  | EL REFORZAMIENTO DEL ESTADO:<br>MISIÓN IMPOSIBLE            |
| 95 —  | POPULISMOS Y AUTORITARISMOS: UNA<br>APORÍA                  |
| 100 — | CIBERLEVIATÁN: DOMEÑAR A LA NUEVA<br>BESTIA                 |
| 104 — | LA EPISTROCRACIA: ¿UNA ALTERNATIVA<br>POSIBLE?              |
| 109 — | CONCLUSIONES: UNA PROPUESTA<br>ECLÉCTICA Y DE FUTURO        |

## 115 — REFERENCIAS

## 119 — NOTAS



## PRESENTACIÓN

“Quien no vea al Estado con los ojos del Derecho es que está ciego”, decía Bodino. El Derecho, las normas, en suma, las reglas, son la expresión organizada y articulada de la soberanía y el método de racionalizar y dar estabilidad a las instituciones y a las relaciones entre los agentes de la sociedad.

Pero esa idea, consolidada durante siglos, se basaba en entornos más o menos estables, con ritmos sociales y políticos digeribles y unas dinámicas económicas regionales y nacionales. Sin embargo, el final del siglo xx y, especialmente, el primer cuarto del siglo xxi han traído una aceleración radical de las tendencias políticas, económicas y sociales y, con ello, han hecho saltar en pedazos la supuesta capacidad de los Estados de controlar lo que ocurre dentro de ellos y, mucho menos, de manejar lo que ocurre fuera. La soberanía, tal como la hemos conocido, ha sido enviada al museo de la Historia.

Los síntomas están claros, lo que parece un poco más difícil de perfilar son los remedios. La potencia del impacto es de tal calibre que toca redefinir de arriba a abajo los conceptos, y uno de ellos es, precisamente, la soberanía.

La labor del ensayista no es, o no debería ser, la de encontrar la luz en las tinieblas sino la de identificar y definir los aspectos de la realidad que requieren atención; al igual que su vocación no es la de generar certezas sino, al contrario, poner en duda las existentes y matizar sus perfiles. Si acaso, apuntar humildemente opciones a explorar.

Eso es lo que hace Francisco Javier Martín en este encomiable esfuerzo —preciso y riguroso— de aportar una mirada distinta sobre la soberanía. Y eso es lo que el prologuista destaca de manera especialmente sagaz.

El autor se alinea así con la vocación de esta colección *Micromiradas*. No pretendemos generar certezas, ni tan si quiera acercarnos a ellas, solo aportar nuestro valor —mucho o poco, usted, querido lector, decidirá— al debate de las cosas que importan e interesan.

“Cada vez que finalizo un texto y creo haber dado en la diana, me asaltan todo tipo de dudas e inquietudes”, señalaba Montaigne, que sin saberlo inventó el ensayo como género. Ni encerrado en la soledad de su torre fue capaz de encontrar el sosiego

y la paz ante lo que ocurría a su alrededor. Gracias a esa zozobra e inquietud muchos hoy no buscamos dogmas ni verdades, sino la aventura misma en las travesías y caminos entrecruzados.

Gracias a Francisco por seguir al Señor de la Montaña y a Fernando por ser un prologuista de tan fina talla.

ENRIQUE CORTÉS DE ABAJO

Director de la Escuela de Gobierno  
y Transformación Pública SKR  
y aprendiz constante de maestros.



## PRÓLOGO

¿Pero hubo alguna vez soberanía que pulverizar?

El libro de Francisco Javier Martín Rojo que tengo el honor de prologar, *La soberanía pulverizada*, propone algo que es especialmente necesario en este tiempo: ofrecer una explicación sensata de los profundos cambios que el inevitable fenómeno del poder político (y de su reverso: la libertad ciudadana) está sufriendo en este epiléptico y sorprendente siglo XXI. El lector encontrará en el texto un jardín intelectual repleto de veredas sugerentes, de lugares para la reflexión, de caminos imprevistos y, sin duda, una ruta principal, una tesis central: ante la situación contemporánea de crisis de la idea clásica de la soberanía, los populismos no son la solución y el retorno al pasado tampoco nos salvará. Solo lo hará un reforzamiento de la democracia y del “espíritu crítico y decidido de la sociedad”.

Martín Rojo encara las transformaciones políticas radicales de las últimas dos décadas. La pandemia y el pandemonio asociado han desnudado todas las vergüenzas y debilidades que teníamos como comunidad y las ha acelerado. También, como observa agudamente, las dos graves crisis económicas que no han dado tregua en este casi recién comenzado siglo XXI. Y es que es profundamente cierto que hay una democracia de la abundancia económica y hay una democracia de las vacas flacas, que tiene que ver poco con la primera y es justo donde nos encontramos. La democracia con crisis económica pierde el caudal utópico que sí tiene la democracia de la riqueza bien distribuida. El futuro no es ya, por tanto, lo que era y se entiende perfectamente el desapego democrático, la desafección, el desencanto. Las democracias contemporáneas sufren fatiga de materiales. ¿Se puede uno adherir emocionalmente a un sistema político que no asegura a mucha gente llegar a final de mes? Es evidente, como lo atestigua la historia y el análisis comparado, que una democracia sostenible y de calidad sólo es posible en una sociedad con una clase media extensa e intensa.

El autor hace observar, tras un análisis bien documentado, que la situación actual tiene que ver poco con las ideas clásicas de la soberanía y de la representación. A mi juicio, sin embargo, el discurso histórico de la soberanía que recuerda sirve exclusivamente

para lo que sirve: para atribuir en su momento el poder político primero al Rey absoluto y luego al Estado frente a la Iglesia católica y a la aristocracia. Es decir, ese modelo tan histórico y venerable de soberanía en el campo de las ideas políticas no es un modelo “ideal” de soberanía, un modelo abstracto con el que contrastar los sucesivos patrones históricos al respecto, sino tan solo un modelo tan coyuntural e histórico como el actual. Una construcción intelectual para justificar tal o cual toma de postura en el momento de que se trate sobre quién y cómo debe ejercer el poder, es decir, esa típica capacidad de imponer su voluntad al resto, o, dicho al modo weberiano, quién ha de tener el monopolio legítimo de la violencia en el seno de una comunidad política. Baste pensar, para intentar demostrar esta afirmación, que todas esas construcciones históricas desde Jean Bodin hasta Carl Schmitt ni pretendían los mismos objetivos políticos porque sus entornos sociales eran muy diferentes entre sí, tanto como los enfoques ideológicos de los autores, ni, a pesar de la teorización de una soberanía tendente al absoluto (frente a la cual viviríamos actualmente una crisis de fragmentación), la realidad era tal porque, en realidad, hasta hace escasas décadas y sólo en muy pocos Estados en el mundo se puede sostener que el poder del Estado llega de verdad, más allá del dato geográfico, a todo el territorio de su jurisdicción.

El mapamundi arroja, incluso hoy en día, no digamos ya siglos atrás, una fotografía donde predominan abrumadoramente lo que podríamos llamar “Estados incompletos” (incluso mejor que “Estados fallidos” porque este adjetivo hace suponer que en un momento anterior hubo Estado y en el presente no, cuando, en realidad, nunca ha habido Estado). En las remotas aldeas africanas, americanas o asiáticas del medio rural y en tantos espacios, incluso urbanos, del mundo entero, ¿en qué se nota la presencia del Estado respectivo? No hay seguridad, ni administración, ni servicios estatales. ¿Dónde está supuesta soberanía estatal? En realidad, cuando se plantea el problema como lo hace el autor, el foco es el ámbito cultural atlántico (Europa y América, porque no hay nada más parecido a Europa fuera de Europa que América), pero con matices porque hay Estados de fuera que lo son (Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Japón...) y porque hay Estados, muchos por desgracia, en América, que aún no lo son del todo.

Así pues, no creo que haya existido jamás una idea universal de “soberanía” estatal que ahora se halle en crisis; no ha habido soberanía que pulverizar. Y allí donde sí podríamos considerar que la ha habido, desde luego en nuestro país, en realidad nos damos cuenta de que el poder político es tan sólo una parte del fenómeno del poder, acaso tan

solo la punta del iceberg, ya que, por debajo, están lo que Bobbio ha llamado los poderes “invisibles” y Ferrajoli los poderes “salvajes”: los grandes grupos empresariales, financieros y de comunicación que mueven los hilos de las políticas energética, económica, internacional y otras. Hoy sabemos que los ciudadanos no somos contribuyentes, sino deudores. Hoy sabemos que junto a la política visible (y la que, a pesar de la transparencia, que solo muestra lo menos interesante, se resiste a serlo), se halla la política invisible, la que se desarrolla tras las puertas cerradas de algunos despachos.

Es cierto. Vivimos en un mundo paradójico. La globalización económica ha provocado una vuelta a los Estados y las fronteras y, por otro lado, un rechazo en forma de populismos de distinto signo. Más paradójico aún resulta que la forma política estatal vive una edad de oro mientras sucede que los Estados son demasiado pequeños para pintar algo en el escenario económico y, al mismo tiempo, son demasiado grandes para representar de modo simbólico/cultural a toda su población. Hay más Estado, hay más crisis de Estado, hay más internacionalización, hay más política de identidad, de boina y alpargatas. El poder estatal parece más compartido, por arriba (organizaciones internacionales) y por abajo (entidades subestatales), pero el poder se ejerce de forma más crecientemente iliberal: prima

la seguridad frente a la libertad (se juega con la idea de tortura, se limita ideológicamente la libertad de expresión, etc.), de modo que no se garantizan más ni mejor ni la una ni la otra; prima el privilegio de ciertos grupos sociales frente a la igualdad; y de la fraternidad mejor no hablemos (de todos modos, en política la idea de fraternidad es muy peligrosa; de hecho, la acuña Robespierre para crear la milicia nacional; yo prefiero tener conciudadanos más que hermanos: aún recuerdo el mito de Caín y Abel, Rómulo y Remo, etc.) Mejor hablar de solidaridad... sino fuera tan sólo una bella palabra.

Coincido radicalmente con Martín Rojo: los populismos no son la solución. Los populistas están instalados en un *blame game*, dividen la sociedad en buenos (ellos) y malos (los demás: la casta, los inmigrantes, los españoles); manejan eficazmente los medios y mensajes (su mensaje es muy sencillo de transmitir y de captar: ideas sencillas y falsas para explicar un mundo complejo); mienten sin rubor (el concepto de post-verdad es el corazón de su mensaje; tradicionalmente, se decía que los hechos son sagrados y las opiniones, libres: ahora estamos, por desgracia, en que las opiniones son sagradas y los hechos, libres). Los populistas españoles son de tres tipos: primero, los independentistas. ¿Cómo no recordar a Borges en *Otras inquisiciones* (1952): “Las ilusiones del patriotismo no tienen término. Plutarco

se burló de quienes declaran que la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto”. Segundo, Vox, por reacción a los independentistas (incluso más que para “defender” a España de los extranjeros, a diferencia de los populismos de derechas europeos y trumpianos). Tercero, como reacción a la crisis financiera de 2008, Podemos. Ninguno de estos tres populismos aceptan la Constitución española ni la democracia tal y como se entiende en los países más avanzados.

Desde mi punto de vista, los populismos son una forma de “estupidez inteligente” en el sentido con que ha acuñado este término Robert Musil. Para este autor, hay dos formas de estupidez, la honorable, por falta de capacidad natural, y la siniestra, la estupidez inteligente: *amathia* (no aprender; lo contrario de *sophia*). La estupidez inteligente no es falta de inteligencia, sino un fracaso de la inteligencia porque presume de unos logros a los que no tiene derecho. No es incapacidad para comprender, sino negativa para comprender. Es una enfermedad espiritual, no intelectual; no se cura con argumentos racionales o de la experiencia. Supone, por tanto, el retorno de los fanáticos (o de su liderazgo o relevancia porque, por desgracia, los fanáticos nunca se van del todo). Estoy, por el contrario, entre quienes creen que la democracia, que solo sobrevivirá si asegura un reparto equitativo de la riqueza entre todos los ciudadanos,

es una conversación (racional y educada, a poder ser) no para alumbrar la verdad, sino para convivir en paz.

Termino ya, invitando a la lectura de este delicioso y sugerente libro porque, sin duda, ayudará a repensar con profundidad algunas de las grandes categorías políticas y a comprender mejor el momento que estamos viviendo y a augurar, en cierta medida, los que están por llegar.

FERNANDO REY MARTÍNEZ

Catedrático de Derecho Constitucional  
de la Universidad de Valladolid



# I

## La soberanía pulverizada

### UN PRIMER ACERCAMIENTO

Resulta atribuible a M. Twain aquella frase de «la Historia no se repite pero rima». Dejando al margen si se está de acuerdo o no con el escritor norteamericano sobre si la Historia de la humanidad es un eterno retorno o tiene una estructura poética que permite una medición o detección de cierta cadencia, lo que sí resulta innegable e irrefutable es que, quizá sin ser plenamente conscientes del momento actual, los distintos acontecimientos —ya sean políticos, económicos, sociales o culturales— someten a aquella al cambio permanente.

Sin ir más lejos, los primeros compases y contrapuntos de la segunda década del siglo XXI están

siendo delineados o, mejor dicho, difuminados por la pandemia provocada por el coronavirus SARS-CoV-2.

Un detonante en forma de epidemia descontrolada, que ha sido asumido por la mayoría de los dirigentes de los Estados como «enemigo invisible», ha venido a ahondar aún más en la grieta que viene produciendo la globalización, las distintas tensiones geopolíticas existentes y el auge de los populismos y autoritarismos en todo el planeta.

El politólogo estadounidense F. Fukuyama habla ya incluso del fenómeno de la «democratización de la autoridad»<sup>1</sup>, esto es, la toma de decisiones por parte de gobiernos democráticamente elegidos y partidos políticos de medidas restrictivas de libertades y derechos civiles, ante cualquier factor o circunstancia que pueda alterar la seguridad y gobernabilidad de un país, y que en ocasiones exceden cualquier mínimo de proporcionalidad, correlación o justificación ponderada.

Incluso el concepto de la propia democracia representativa está en franco retroceso a lo largo del mundo como único sistema válido. El politólogo Y. Mounk en su artículo *The Danger of Deconsolidation*<sup>2</sup>, puso de manifiesto esta realidad: así, en la conocida como generación *millennial* (nacidos desde los años 80 del siglo XX), en la Unión Europea, menos del 50% de los encuestados consideran esencial vivir en

una democracia, frente a tan solo un 31% en Estados Unidos.

Del mismo modo, tanto en EEUU como en Europa, el tramo de edad donde existe un mayor porcentaje que opina que el sistema democrático es una mala o muy mala forma de gobierno de un país es el de 16 a 24 años (casi el 25% en EEUU, frente a casi un 15% en la UE), lo que pone de manifiesto ese creciente desapego, sobre todo para las generaciones venideras, de lo que hasta la fecha se ha considerado comúnmente como la mejor forma de gobierno.

A su vez, la irrupción de la revolución digital está contribuyendo a la aparente disolución de la idea de soberanía de los Estados, y por tanto, del poder de estos.

Un poder que, siguiendo la tesis planteada por el escritor M. Naím en torno a la idea del *fin del poder*<sup>3</sup>, si bien no está desapareciendo, ya que en toda comunidad humana siempre existirá una relación mínima de superioridad-coacción que se superponga sobre el resto —sea legítimamente o no—, sí está mutando hacia formas de ejercicio del mismo menos claras, más difíciles de llevar a cabo, y desde luego, sometida a importantes condicionantes («micropoderes») de todo tipo que minan su efectividad y en ocasiones no permiten identificar claramente al que lo ejerce u ostenta.